

Aniversario

LAS DOS MUERTES DEL CHE

REGIS DEBRAY

DIEZ años de derrotas y carnicerías no han impedido al "Che" vivir hoy con vida imperceptible y decisiva en países donde las medallas no son para los torsos destrozados por las bombas, sino para aquellos que saben pasar inadvertidos. Latinoamérica ha dejado de ser "vedette", y los procesos que allí se desarrollan no constituyen ya "acontecimientos". Sus disidentes son resistentes que han de enfrentarse a un mundo donde la más feliz noticia que pueda recibir un padre es la de que su hijo o su hija han sido detenidos en regla (lo que quiere decir que no han "desaparecido", que no han sido liquidados o que sobreviven a las torturas). A un mundo ("el Cono Sur": Chile, Argentina, Uruguay y Bolivia) cuya más hermosa victoria consiste en sobrevivir, a través de la organización y el anonimato, a la muerte de los jefes, segados en octubre, mes funesto (8 de octubre de 1967: el "Che"; 5 de octubre de 1973: Miguel Enríquez). Las largas fidelidades que ganan batallas no se presentan ya en primera página, a cinco columnas. Hay que elegir entre lo eficaz y lo espectacular; y mientras tanto, resistir el "descerebramiento" de la actualidad. Hoy más que nunca, la memoria es revolucionaria. Bien venido sea, pues, este aniversario a contratiempo de un héroe a contracorriente. Y que aquel en quien se encarna el revés del decorado occidental nos ayude a colocar nuevamente el mundo sobre sus pies.

Yo he analizado en otro lugar y en detalle la última empresa boliviana y la parte que en ella el azar me reservó, desafortunadamente hinchada por un enemigo que, guerra psicológica obliga, tenía todo el interés en dirigir los focos, entre sus numerosos prisioneros, hacia "el francés amigo de Fidel Castro", a fin de desnacionalizar con ayuda de los medios de comunicación una lucha de liberación nacional ("La Guerrilla del Che. La crítica de las armas", 1974). Más importante me parece desde mi situación actual (los otros supervivientes de Bolivia son latinoamericanos: tres bolivianos, dos cubanos, un argentino) examinar todo lo reprimido en el acto mismo de sepultar las bellas imágenes románticas del más sobrio de los practicantes del socialismo:

El "Che" ha sido muerto dos veces: primero, por las ráfagas del sargento Terán; después, por los millones de posters con su efigie. Nada le habría exasperado más que el símbolo en que se ha convertido. El oficio de revolucionario obliga a sacrificar los grandes discursos a las cosas pequeñas y el esplendor de las actitudes a la acción de las personas. El combate confirma que no hay más resistencia que la organizada, más vanguardia que la disciplinada, más eficacia que la colectiva. Por experiencia y temperamento, el "Che" era refractario a las vanidades solitarias. Hasta su último momento, no se consideró más que el teniente de Fidel Castro en tierra extranjera, simple mandatario de una revolución que deseaba le superase infinitamente: "Qué importa dónde nos sorprenda la muerte con tal de que nuestro grito de guerra sea escuchado, que se tienda otra mano para empuñar nuestras armas y se alcen otros hombres para entonar los cantos fúnebres...". Un día de 1965, en Tanzania, durante un viaje suyo al Congo en cabeza de una legión de voluntarios cubanos (muchos de los cuales volvieron, el año pasado, a Angola para frenar en seco, a 16 kilómetros de Luanda, el avance de los Panhard en el Ejército sudamericano), un tipo con el que coincidió en el avión le estuvo hablando durante horas de "su gran amigo íntimo, el 'Che' Guevara". El "Che" se contentó con escucharle sin descubrir su identidad. El "Che" pertenecía ya —tanto en lo físico como en lo espiritual— al grupo de "los otros".

Desde entonces, millares se han levantado y han caído: tupamaros en Uruguay, miristas en Chile, "eleños" (ELN) en Bolivia, montoneros y miembros del ERP en Argentina (tres mil "pérdidas" el año pasado). El 8 de octubre de 1967, nadie preveía tal floración; nadie tamaña siega. El asesinato del "Che" imprimió a su mensaje un nuevo y largo alcance. Liberó el salvajismo de las clases dominantes: la tortura y las técnicas de represión paralela (escuadrones de la muerte) no se institucionalizan hasta 1968. De golpe y por ambas partes, el combate subió un grado y cambió de escala.

El mensaje póstumo tenía triple disparador: táctico, estratégico y moral. El primero limitado a la América subdesarrollada; el segundo, extendido al Tercer Mundo; el tercero, válido para todos los lugares y todo el tiempo.

1. La táctica político-militar —la del foco de la guerrilla— no ha tenido los resultados previstos. La revolución no ha calzado las botas de siete leguas y, en definitiva, quien quiere quemar etapas acaba él mismo ardiendo. La lentitud de la historia y la pesadez de las sociedades han frustrado el impulso del atajo insurreccional. Nuestra época exige argucia y tenacidad más que



El cuerpo sin vida del "Che" en Vallegrande, Bolivia: una fotografía que recorrió el mundo.

brío ofensivo. Al mismo tiempo reafirma una antigua verdad: enemigos, los imprescindibles. A los amigos, hay que contarlos con generosidad.

2. La estrategia de unificación del tercer mundo, de la solidaridad tricontinental, de la "globalización" de los enfrentamientos parciales, anunciados por el "Che" en Argel en 1965, ha acabado convirtiéndose insensiblemente en realidad: Occidente paga por saberlo. Sin duda, la utilización del arma económica —el petróleo— ha desviado el sentido del combate, pero este último impone, pese a todo, su lógica. El "Che" fue uno de los primeros en reconocer, en África y explotar per-

sonalmente un terreno de enfrentamientos estratégicos.

3. "Ahora, nos interesa el hombre": el "Che" fue sin duda el primer ministro de Industria que no consideró el aumento de la producción como fin en sí. Pero su implacable "humanismo" no entrañaba un puro y simple abandono. La crítica del "vanguardismo" —de su peligrosa pretensión de hablar y actuar en nombre y en lugar de los supuestos mandantes— domina desde hace diez años todos los escenarios. Era necesaria. Pero la negación del papel de las vanguardias conscientes desemboca más tarde o más temprano en la renuncia y la ausencia de la historia, es decir, en una historia inhumana. Ya adopte la abdicación una forma tecnocrática o mística (que no son incompatibles), ya se encomiende la tarea de hacer la historia a los brillantes expertos económicos o al pueblo de ellos, una cosa es cierta: el destino de las masas se decidirá pronto al margen de ellas.

Nada impida que, en cualquier lugar y momento, un puñado de hombres resueltos tomen la iniciativa y subvierta el orden establecido. Este postulado no podría evidentemente sustituir a la política: pero no hay política, a la izquierda, que se sostenga sin este acto de fe que, como demuestra la historia, es también un dato de la experiencia. Asumir que un "Che" Guevara es en última instancia más realista que un Kissinger equivale a trazar una de las líneas de demarcación que separan a la izquierda de la derecha.

En todo caso, los realistas de profesión harían bien en recordar, incluso en Europa, que el socialis-



El "Che", en la Ciudad Universitaria de Madrid, en junio de 1959.

mo tiene dos rostros, y que aquel en que se inscribe la historia del "Che" y de sus camaradas muertos a su lado, aquel en el cual los principios se aplican literalmente y se pagan al contado, no deja de existir simplemente por el hecho de no estar ya ante nuestros ojos. Demasiadas manos sucias han manipulado delante de nuestras narices los principios, pero no son esos principios los que huelen mal, por naturaleza. "El internacionalismo proletario" no significa solamente Praga, sino también Villa Grande. Un "alto dirigente" no es sólo el pequeño zar rojo que calienta con sus posaderas el sofá o el asiento de su lujoso coche oficial: cuatro miembros del comité central del Partido Comunista de Cuba, dos viceministros y algunos altos funcionarios dejaron familia, coches, chalets y privilegios para irse con el "Che" a una selva desconocida, donde algunos de ellos, convertidos en esqueletos harapientos, con las extremidades hinchadas por los edemas del hambre, tuvieron que beber su propia orina para morir de pie. Nadie los había obligado, ni la televisión estaba allí para recoger sus últimas impresiones.

Un rumor meridional nos informa que la revolución ha de ser una fiesta en la que todas las necesidades individuales quedarán satisfechas de modo inmediato. El "Che" nos recuerda que no se gana nin-

gún nuevo mundo sin pagar un precio a cambio, a menos que uno se contente con simulacros. El rumor filosófico nos martillea con la teoría de que el ámbito del poder es el mismo del abuso y de la exacción; el "Che" y los suyos nos recuerdan que puede ser también el del servicio y el sacrificio. Se murmura que toda violencia revolucionaria porta en su seno el salvajismo y la degradación: el "Che" y los suyos llevaron a cabo, durante diez años, una guerra contra un enemigo brutal sin tomar un solo rehén, ni tocar a los prisioneros de guerra —ya fueran cubanos, bolivianos o mercenarios blancos— un solo pelo. Se nos grita y con razón: basta de matanzas, estamos hartos de sangre y de lágrimas, queremos la paz a cualquier precio. Ninguna causa merece el sacrificio supremo. El "Che" y los suyos, que no son mártires de manos blancas, nos recuerdan que no se puede dar más lo que se está dispuesto a recibir y que ser capaz de morir en nombre de una causa y matar por esa misma causa son equivalentes.

Trágica justicia, cuyos términos expresara ya "La Pasiónaria" con relación a España, y que los resistentes franceses han aplicado a sus verdugos, como hacen hoy los "terroristas" de la América Latina.

Sí, en verdad, ¡qué intempestivo aniversario! ■ Copyright: "Le Nouvel Observateur".

Secuelas físicas y síquicas de la tortura

La violencia ejercida sobre detenidos y prisioneros políticos es un hecho universalmente condenado como inmoral y que en el Uruguay se practica cotidianamente, con las consiguientes secuelas físicas y psíquicas en las víctimas.

Un grupo de médicos y psicólogos uruguayos en el exilio realizó, en base a testimonios, un exhaustivo estudio al respecto y llegó a la conclusión de que "la tortura produce en los detenidos una dolorosa gama de entidades psicopatológicas".

El estudio precisa que todo el aparato montado para ejecutar la tortura es producto de una minuciosa y metódica investigación que, al crear una verdadera metodología del martirio, tiene como meta demoler cada una de las resistencias que el prisionero intenta levantar.

Los apremios físicos y psíquicos —subraya— tienden a obtener información sobre los opositores del Gobierno civil-militar, tanto como a generar un clima de terror que conduzca a la liquidación de todo intento de rebeldía.

La principal arma de los torturadores —añade— es procesar una abrupta desinserción de la realidad en el detenido al privarlo de la visión por medio de una capucha y bloquearle la audición, por cuanto los sonidos que percibe son medidamente administrados, con saltos del silencio a la estridencia o a los quejidos grabados de otras víctimas.

El prisionero sabe —agrega— que "la amenaza está fuera, en los torturadores, en el sistema del que forman parte, pero también está adentro, en el miedo a la delación, a la traición".

El equipo de torturadores mide permanentemente sus reservas psicológicas y busca romper su defensa para provocarle un verdadero derrumbe psíquico, moral e ideológico que lo deje inerte ante los servicios de información.

La víctima trata de asirse a su normalidad psíquica, dominando la angustia mediante el reaseguramiento de los valores humanos más esenciales, de sus convicciones morales, políticas e ideológicas, para librar la difícil batalla.

Un rol esencial dentro de la tortura es cumplido por el dolor y el sufrimiento agónico, de una intensidad progresiva y graduada como para que el prisionero no pierda el conocimiento, que sienta cada segundo como horas.

En el manejo técnico de esta situación es necesaria la asistencia médica, como la que presta "el macabramente famoso" Martín Gutiérrez, quien asesora a los esbirros para asegurar la capacidad de sufrimiento del torturado.

La técnica de la tortura física incluye el plantón, las palizas, el encapuchamiento y el colgamiento por los miembros superiores o el cabello.

El caballete (sentar al prisionero sobre una varilla filosa), el submarino seco (una bolsa de nylon en la cabeza atada por debajo del mentón) y el submarino mojado (hundimiento de la cabeza en agua con orines y excrementos) son también usados.

Descargas eléctricas, torturas a un familiar frente al interrogado, aberraciones sexuales, arrancamiento de uñas y otras combinaciones deben agregarse a la nómina.

Este cuadro de horrores es complementado por la subnutrición planificada —señala el estudio— que comienza apenas el detenido ingresa en el establecimiento carcelario.

Se le niega alimentación durante varios días y después se le da un tazón de caldo dos veces al día. Los prisioneros pierden así hasta el 50 por 100 de su peso.

Casi un centenar de presos políticos han muerto como consecuencia de la tortura en Uruguay, con el craneo o el hígado destruidos, por asfixia, infarto cardíaco u otras consecuencias fatales.

Como patología común —dice el informe— hay multiplicidad de luxaciones y fracturas que son tratadas en el Hospital Central de las Fuerzas Armadas.

La inmersión en aguas contaminadas provoca micosis dérmicas, generalizadas porque la situación en que son mantenidos los detenidos impide el aseo personal, precisa.

A nivel de sistema nervioso se producen parálisis periféricas, y accidentes de electricidad en los órganos genitales provocan repercusiones prostáticas graves y en otros casos atrofia de los testículos.

Añade que la introducción de cuerpos extraños en el recto de la víctima traen como consecuencia rectitis, vaginitis y otras secuelas que no son atendidas por los servicios médicos carcelarios.

"En Uruguay —dice el informe— la tecnificación y sistematización de la tortura ha alcanzado niveles comparables, y en muchos casos superado, a los desarrollados por los criminales de guerra nazis".

En esta situación perviven aún 6.000 presos políticos uruguayos que, con la solidaridad internacional, pueden aún ser rescatados y reinsertados en la sociedad humana, concluye el equipo médico. ■ LUVIS PEDEMONTÉ (Servicio especial de Prensa Latina).